

MIL SURES¹

Conjurar el Centro

Celebramos este año los cuarenta años de *Mil Mesetas*. Celebrar es sinónimo de conmemorar. Traer a la memoria o evocar. Por supuesto siempre es preferible evocar o conmemorar algo o alguien que haya contribuido a aumentar nuestras potencias –como diríamos en términos spinozeanos–, o que haya sido una ayuda en nuestra iniciación a alguna experiencia. Conmemorar la publicación de las obras de Deleuze, de Guattari y las de Deleuze y Guattari se ha vuelto una fiesta recurrente. Esto es prueba cabal de la admiración y agradecimiento que se le sigue rindiendo, y es entonces prueba cabal de la importancia que esta obra tiene en esta época, es prueba cierta de que es un adyuvante indispensable para crear, para arriesgar

1 Este escrito es una transcripción modificada de la presentación realizada en las Jornadas “40 Mil Mesetas: recepciones, usos y derivas en Latinoamérica”, patrocinadas por el proyecto Fondecyt N°12011271, del Gobierno de Chile, el Proyecto UAI 2020: *Derivas para una práctica filosófica: desafíos en torno a una metodología epistémico-política para la creación/intervención del presente*, y por la Red de Estudios latinoamericanos Deleuze & Guattari (REEDL&G), llevadas a cabo en enero de 2021.

sentidos, para lanzar flechas, prueba de que es capaz de ofrecernos algunas reglas de experimentación para no caer en lo que he llamado en textos anteriores, el efecto búmeran del pensamiento occidental metropolitano. Es capaz de ofrecernos herramientas para vérnoslas con todos los riesgos de volvernors en nuestra contra. Miles de ejemplos de esto de volvernors en nuestra contra encontramos por ahí, pero para hacernos una idea: desear nuestra explotación, firmar contratos que nos convierten en damnificadxs, aceptarnos como usuarixs de segunda mano o habitantes de segunda de la infósfera, prestarnos a una analítica y restauración neurótica del inconsciente para calmar ansiedades inenarrables, identificarnos en espejos creados por otros, vivir una vida fascista.

Pero, ¿en dónde reside esta fecundidad? Como venimos escuchando, el rendimiento de esta obra es diversísimo. Se puede decir que uno de sus méritos mayores es justamente esta potencia de generar efectos, de posibilitar expansiones. Y este mérito es además una condición o un factor constitutivo diferencial, muy singular de *Mil mesetas*, el segundo tomo de la saga que Deleuze y Guattari escriben juntos y que se publica en 1980. Cada quien buscará en su memoria algunos de esos libros a los que me refiero. Pero en esto creo que podemos coincidir en que una obra que parte de una grande y firme tesis, o cuya condición de uso sea básicamente su aplicabilidad y no su replicabilidad umbral, o que su despliegue consista en encorsetarse en una metodología rígida que opera independientemente del rendimiento categorial, una obra que se atenga a una o a todas estas condiciones, corre el riesgo de ir desvane-

ciéndose en las cenizas de una historia que está contada en un lenguaje solo para entendidos. No es el caso de *Mil Mesetas*.

Entonces, ¿qué importancia tendría la celebración de este libro específicamente? Justamente la de tratarse de una obra –escritura e imagen–, que me voy a aventurar a asumir como un intento, o como la experiencia, o mejor aún como la apuesta performativa de conjurar el Centro con mayúsculas, ese centro que no se agota en la condición disciplinar, o sub disciplinar inclusive, con la que se lo ha definido recurrentemente –para usar un poco la ironía–. Para el caso nuestro, no se trata de desplazar el Ser, ni el Sujeto, ni el *Dasein*, ni Lo bello, ni Lo sublime, etc. Ese centro es algo más que una indicación o una especificación ontológica o epistemológica. Es mejor un punto, poseedor de una fuerza de apropiación gigantesca, tal como los autores definen la axiomática capitalista, o la axiomática colonial como le hemos llamado en un artículo con mi colega De Oto. El centro que pretenderíamos que *Mil Mesetas* enfocara, y ya introduciendo cierta precisión en relación a mi propia propuesta, el centro, decía, es puesto como foco de desplazamiento. Se trataría de asumir el centro como objeto de una operación acorde con –según una lógica que se irá esbozando–, los objetivos que expresa el escritor keniano, Thiong’o Ngugi Wa de manera lo suficientemente clara, en su texto que se llama justamente *Desplazar el centro*: uno es la necesidad de desarticular este punto y correrlo del lugar que ha sido asumido como tal, por una cultura eurocentrista que declama y se auto arroga un universalismo falso y un cinismo estratégico; el otro, el de desplazar

el centro al interior de las naciones, y correrlo de una élite que funciona aplicando –en este caso, y no replicando– las normativas del Centro (Thiong’o, Ngugi Wa, 2017, p. 27). Pienso en el Ecúmeno, ese personaje que Deleuze y Guattari elaboran en *Mil Mesetas*, que eventualmente describen como organizaciones ecuménicas contemporáneas.

Hay una especie de declamación en *Mil Mesetas*, que nos puede servir de primera indicación de qué significa esto de operar una desarticulación del centro; o de qué centro se trataría en el contexto específico del libro; y en qué va este desplazamiento, o sea, hacia dónde o con qué miras llevar a cabo esta operación.

El pronunciamiento es el siguiente: “No hay acto de creación que no sea transhistórico, y que no “coja” a contrapelo, o no pase por una línea liberada” (1988, p. 147). Se trata de embestir a contrapelo (la traducción que yo he realizado para no decir coger, que en Argentina significa fornicar, dicho en lenguaje coloquial. Lo que, por otra parte, provocaría muchas confusiones). Embestir a contrapelo es una expresión que deberíamos tener muy en cuenta como indicación metodológica, en cuanto es allí donde se advierte con mayor claridad en qué medida un pensamiento modela según su interés, o en qué medida encubre las claves de la reproducción o de repetición de su propia condición de privilegio –y no su potencia replicativa, expansiva, conectiva–, y entonces de su condición de inconmensurabilidad respecto de ciertas experiencias que por eso son puestas a merced de otras temporalidades postergadas, o consideradas prescindibles como motivos del pensamiento.

Pero entonces, deberíamos considerar la necesidad de establecer cierta distancia apropiativa estratégica –imitando el concepto de esencialismo estratégico de Spivak–. Ya que se trata de un texto escrito en el más puro escenario académico burgués. Paso a describir este distanciamiento estratégico. No es el distanciamiento que Swift satiriza, el del filósofo que está en una especie de podio, por arriba de las gentes y que expira palabras que a éstas alcanzan desde arriba. Tampoco es el distanciamiento que se produce paradójicamente de tanta paráfrasis, que trae como consecuencia la cancelación de toda fecundidad conceptual, práctica, militante, lo que se quiera.

Mi distanciamiento, que, insisto, no es una declaración de principios ni una consigna extra muros, es más bien una postura de intransigencia, y además reparativa, en el sentido que me es imposible volver a cualquier otro texto de la misma manera, una vez que nos hemos devorado –como el Quijote las novelas de caballería– literatura africana, textos de filósofas y filósofos amerindios, o andinos, o nuestro-americanos, como se suele enunciar hoy este volcán en erupción. Hay lugares de los que, como dice Deleuze, se vuelve con los ojos rojos. Una vez que caemos realmente en la cuenta de que esa necesidad o potencia deseante de fundirse en esta línea del afuera, respecto del punto de vista eurocentrado está asumida ya en ciertas luchas que se vienen llevando a cabo, como no se cansa de repetir Mignolo, desde los años de las independencias de las colonias francesas inglesas, etc, es imposible obviar esa distancia que se experimenta casi espontáneamente. Bueno, no tanto, si no, no estaría realizando estas aclaraciones. Pero es que,

justamente, me encuentro con un texto adorado muchas veces en gestos de aplicación de categorías de un contexto a otro, la mayoría de las veces sin ningún recaudo previo, y pocas veces en operaciones que replicarían los efectos, la consistencia, las intensidades –si ustedes quieren– que palpitan en esta obra. Como las mesetas deleuze–guattarianas entre ellas, mejor dicho, como las mesetas batesonianas. Y aquí déjenme cometer la peor de las aberraciones, usar prefijos para producir un zoom conceptual: como las mesetas de esas miles que replican toda una fuerza geo bio cósmica, o incluso geo bio cósmico política que emerge en un gran bramido histórico –de la historia con minúscula–. Bramido producido, sin dudas, por las tensiones suscitadas por las fuerzas de resistencia que pasan –vamos a dejar lugar a la profusión de la jerga–, fuerzas de resistencia, decía, que pasan entre los estratos, substratos, epístratos y paraestratos, que producen movimientos sísmicos que muchas veces alcanzan umbrales de desterritorialización, en una pulseada con las fuerzas de reterritorialización de la axiomática, que reterritorializa esta fuerza centralizante en sistemas extractivistas y segregacionistas.

Mis hipótesis sureñas hablan más de este tipo de acciones que de hermenéuticas o extrapolaciones conceptuales. *Mil Mesetas* nos alerta en todo momento, acerca de este Centro que determina las continuidades y discontinuidades, que define por desviación respecto de sí. Valga evocar en este sentido la máquina de rostridad o la máquina de racialización, que procede por detección de variaciones respecto de El Rostro –y al caso viene la desviación del negro respecto del hombre blanco. Sentir el estruendo de

estas fuerzas que braman a contrapelo en nuestros contextos de investigación, es trazar nuestras mil mesetas. Y seguramente estaremos franqueando ya no los límites del discurso eurocéntrico, sino atravesando un umbral. (Según la diferencia entre límite y umbral de Deleuze y Guattari: recordemos que el límite alcanza los bordes de un interior, mientras el umbral es un cambio de plano de consistencia). Estaríamos trazando la línea del afuera, desde esta especie de barca cósmica que es como *Mil Mesetas* nos da a ver a la tierra, la desterritorializada, la que es de todxs y de nadie. Vista que es posible apuntando el foco que ahora es de super amplitud y profundidad, ya que hemos aprendido que el tiempo y el espacio no constituyen coordenadas o sentidos unívocos que organizan la experiencia. Foco que es, además, de un alcance óptico suprahumano, que nos hace ver el funcionamiento maquínico de los aparatos extractivistas, segregacionistas, androcéntricos, especistas, en los distintos ámbitos de operación. Y entonces, divisar otras fechas conjugadas con otras imágenes que se nos presentan acá, desde estos nuestros sures.

Mes(e)tización

Por eso me parece potentísima la resonancia de algunas fuentes directas o incluso de materiales que claman por ser referidos, que no han sido muy tenidos en cuenta hasta el momento. Aunque, como se ha aclarado en otros artículos, hay gente como Sibertine Blanc, Amber Jamille Muser o Svirsky, que sí lo han hecho. Hablo primeramente de escritores africanos, en cuanto se trata de un archivo que

ha sabido forjar con este texto vínculos íntimos y directos, podríamos decir. Como por ejemplo Glissant y su poética de la relación, en donde elige el rizoma para teorizar su Todo-Mundo (así lo escribe), la idea del archipiélago como configuración de un mundo en el que la identidad ya no se halla en la raíz sino en la Relación (Glissant, 2017). O el martiniqués Frantz Fanon, el nombrado padre de la crítica poscolonial y que, según he aventurado, señala un giro casi inexplorado en *El Anti Edipo*². Tanto hemos dicho ya sobre este cruce. Se trata, éste, de un archivo que trama con la obra de Deleuze y Guattari una relación de precisión mutua, en cuanto cada cual posee un potencial de expansión que no puede plegarse y desplegarse con las herramientas teóricas con las que normalmente cada cual se articula. Ni con las categorías propias, ni con las del espectro teórico que trasunta en su entorno. Unas y otras no alcanzan, presumo, para producir ese encuentro que posibilitaría una apropiación del pensamiento deleuziano, corrida respecto de las lecturas endogámicas eurocentradas.

Fórmulas, más que categorías, como las de devenir mujer, devenir animal y devenir negro, por ejemplo, no funcionan como núcleo representacional, sino como indicación de esta especie de protocolo de experimentación que es *Mil Mesetas*. Y entonces funcionan convocando escrituras, imágenes, en fin, materiales, archivos, que

2 En *El Anti Edipo*, Deleuze y Guattari desmontan el funcionamiento del psicoanálisis articulado en la axiomática capitalista, cuando alcanzan un límite geo filosófico a la hora de auto percibirse como los detractores de Edipo, esto es, como los teóricos de la postulación de la condición de indiscernibilidad entre producción de subjetividad y colonización.

desafían lo que Deleuze y Guattari llaman “sistemas puntuales (historia–memoria)” y que distinguen y enfrentan a los agenciamientos multilineales o transversales. Pensar en devenires en lugar de Historia, es conjurar, evocar o palpar fuerzas que se precisan para trazar el planómeno. Esa rizósfera con la que sueña *Mil Mesetas* provocar ese bramido entre los estratos, hacer temblar el Ecúmeno. En ese sentido podemos decir que son estos sures que trasuntan en estos umbrales milmesetianos, que emergen en estos entre medios, y que el sur es, esas miles de réplicas que se producen entre medio de las zonas más abigarradas. “¡Antes ser un minúsculo cuanto de flujo que un distribuidor molar!” (Deleuze y Guattari, 1988, p. 230).

Hablando de bramidos, invitemos para continuar al personaje de Challenger, de la Meseta 3, la célebre Geología de la Moral, o Por quién se toma la tierra. Hay contemporáneamente a la profusión de textos como los de Derrida, Rancière, Foucault y también Deleuze y Guattari, una especie de ola de escritorxs que Thiong’o Ngugi Wa enmarca dentro de la lucha para desplazar el centro, textos provenientes de la literatura asiática, africana y sudamericana. Si tenemos en cuenta que *Mil Mesetas* es un texto francés, nos interesa su articulación especialmente en los países africanos y del Caribe, en los que la tradición literaria local escrita en las lenguas de los colonizadores –inglés y francés–, se consolidó y conoció, durante el período de posguerra, una notable difusión. Esta literatura, según la tesis de Ngugi Wa Thiong’o –y acá viene la alerta como lectorxs de Deleuze y Guattari–, celebra el derecho de dar nombre al mundo, de fijarlo en palabras propias y, por lo tanto, de nombrarnos a

nosotrxs mismxs. Esta nueva tradición desafía a la tradición dominante, en la que Asia, África y Sudamérica han sido definidas siempre por los europeos, desde sus capitales y con sus prejuicios. Pero ahora, parafraseando a Ngũgĩ Wa Thiong’o, el buen y el mal africano de la tradición racista europea, los socarrones señores Johnsons de la tradición liberal occidental e incluso la típica ausencia de conciencia del mundo colonizado en la tradición literaria europea, estaban siendo desafiados por la energía de los personajes de la nueva literatura, que preferían morir luchando que vivir arrodillados en un mundo en el que no se les permitiera definirse a sí mismos; personajes que, con cada uno de los gestos con los que interactuaban con la naturaleza y con su entorno social, ofrecían un vívido ejemplo de que África ya no era una tierra en perpetua infancia, ignorada por la historia, una tierra que se había limitado a incorporarse a Occidente (esta vez con mayúsculas) para alcanzar su lugar en el mundo dentro de los imperios occidentales del siglo veinte (2017, p. 31). Wa Thiong’o expresa también que África deja de ser un hegeliano mito europeo (2017, p. 32). La literatura estaba desafiando la base eurocéntrica con la que se miraba al resto del mundo. No se trataba de sustituir un centro por otro. El problema ya estaba absolutamente asumido: se manifestaba cuando alguien pretendía usar la perspectiva de un centro (el suyo propio) y, a partir de ella, establecer la realidad universal. Como resalta e insiste el keniano: “El mundo moderno es producto tanto del imperialismo europeo como de la resistencia contra él de los pueblos africanos, asiáticos y sudamericanos” (2017, p. 32). Siendo así, hacemos nuestra la pregunta de este escritor

que abandona el inglés para escribir definitivamente en su idioma: ¿estábamos constreñidxs a ver el mundo a través de las respuestas al imperialismo de europeos como Rudyard Kipling, Joseph Conrad cuyas obras, en cuanto a temática, ambientación o actitud, asumían la realidad y la experiencia del propio imperialismo? Ciertamente, estos autores afrontan el imperialismo con actitudes muy diferentes y desde diversos compromisos ideológicos. Pero, para Ngugi Wa Thiong’o, estas perspectivas nunca serían capaces de desplazar el centro de su visión del mundo, porque ellos mismos están ligados al eurocentrismo por su educación y sus experiencias personales. Incluso cuando son conscientes de los devastadores efectos del imperialismo entre los pueblos sometidos. Como cuando Conrad describe las víctimas mortales de las aventuras coloniales en *El corazón de las tinieblas*, o cuando Conan Doyle escribe en *El mundo perdido*: “Esos grandes espacios en blanco que llenaban los mapas están siendo ocupados rápidamente y ya no queda lugar en ninguna parte para las aventuras románticas” (Conan Doyle, 1912, p. 13. La traducción es mía).

Pero, ¿se le pasó este punto a Deleuze y a Guattari?, ¿este aspecto de esta literatura vacilante? Yo creo que no, que de ninguna manera. Aunque dejo abierta esta pregunta. Me consta asimismo que estoy sugiriendo revisar los límites de este concepto de literatura menor que Deleuze y Guattari teorizan y que de alguna manera resuena en estas *Mil Mesetas*. Pero mis sospechas apuntan a mostrar que es justamente esta asunción indirecta del personaje, esta doble intervención a este genio científico con look monstruoso: una vez al ser reapropiado en un texto filosófico –ya

sabemos que Deleuze insiste en que *Mil Mesetas* es un texto filosófico–, y otra vez al hacerle decir cosas que en las novelas de Conan Doyle éste no dice, es en este acto performativo cuando los autores están estableciendo ellos mismos esta distancia apropiativa estratégica de la que les hablaba.

Mil Mesetas está escrito de manera tal que la motivación a replicar esta mesetización del pensamiento, de la experiencia, es irresistible. Sólo la sustracción de la *e* de mesetización hace falta para conseguir traerla a nuestros sures.

Bibliografía

- Conan Doyle, Arthur (1912). *The Lost World*. New York: Hodder & Stoughton.
 Disponible en: <https://ia600200.us.archive.org/1/items/lostworldoodooyluoft/lostworldoodooyluoft.pdf>
- Deleuze, Gilles y Guattari, Félix (1985). *El Anti Edipo. Capitalismo y esquizofrenia*. Barcelona, Paidós.
- Deleuze, Gilles y Guattari, Félix (1988). *Capitalismo y esquizofrenia. Mil mesetas*. Valencia: Pre-textos.
- Glissant, Edouard (2017). *Poética de la Relación*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.
- Thiong'o Ngugi Wa (2017). *Desplazar el centro: la lucha por las libertades culturales*. Barcelona: Rayo Verde.